

cho amigo, mirad lo que decís, que á lo que parece vos no visteis la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella, y está claro, que si la tierra os pareció como un grano de mostaza y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.— Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso la descubrí por un ladito y la ví toda.— Mirad, Sancho, dijo la Duquesa, que por un ladito no se vé el todo de lo que se mira.— Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, solo sé, que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por do quiera que los mirara: y si esto no se me cree, tampoco creará vuesa merced como, descubriéndome por junto á las cejas, me ví tan junto al cielo, que no había de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además, y sucedió, que íbamos por parte donde están las siete cabrillas<sup>1</sup>, y en Dios y en mi ánima, que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las ví, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, y que hago, sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasivamente me apée de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelies y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras, preguntó el Duque:—¿en qué se entretenía el señor Don Quijote? A lo que Don Quijote respondió:—Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir, que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni ví el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del aire, y aun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí, no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas, que Sancho dice, sin abrasarnos: y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña.—Ni miento ni sueño, respondió Sancho, sino pregunténme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no.—Dígalas pues, Sancho, dijo la Duquesa.—Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las

<sup>1</sup> Constelacion formada de siete estrellas que se hallan juntas en el signo de Tauro. Segun la fábula, son las siete hijas de Atlante.

dos azules, y la una de mezcla.—Nueva manera de cabras es esa, dijo el Duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores.—Bien claro está eso, dijo Sancho, sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo.—Decidme, Sancho, preguntó el Duque, ¿visteis allá entre esas cabras algun cabron?—No señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle mas de su viage, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion, este fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reír á los Duques, no solo aquel tiempo sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos si los viviera: y llegándose Don Quijote á Sancho, al oído le dijo:—Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que ví en la cueva de Montesinos, y no os digo mas.

